

ENCANTAMIENTO

Pseudónimo: yatedigocomomellamo

Y dicen que los fantasmas no existen. Sí, ¡los cojones! ¡Qué me lo pregunten a mí! O mejor, ¡mejor aún! Que me acompañen. Que me acompañen a mí a la cocina.

El psicólogo doctor Peraloso Martí le había aconsejado que se tranquilizase y que respirase hondo si la experiencia se repetía. Le había recetado unas pastillas rositas que debía tomarse tres veces al día durante una temporada, había tratado de convencerle de que todo tenía que ser fruto de su imaginación y, con la ayuda de unas pocas cuartillas llenas de ecuaciones diferenciales y monsergas matemáticas de variada índole, le había demostrado la imposibilidad física de la existencia de fantasmas, trasladándole además, para completar la labor didáctica, referencias de destacados autores:

— Debería usted leer al abad Jeremías de Cardoso, un reputado escolástico del siglo XIII que habitó en el sur de Francia y que analizó caso por caso las setenta y dos apariciones del demonio y demás familiares del mismo que se produjeron en los alrededores. O al ingente ilustrado don Eustaquio Culebrilla Martí quien, con la sola ayuda del discurso deductivo, tan en boga en el siglo XVIII, concluyó que la existencia de seres inmateriales no era compatible con la presencia del éter, necesario para la física de la época, salvada, eso sí, la realidad de Dios, que se precisaba tanto para justificar la creación en sólo siete días, como para entender alguno de los pasos de su demostración analítica. O al mandarín Fo Tso Gao, coetáneo de Confucio y padre de la teoría del Córporo Volúmico, como se tradujo en occidente, que antes de Arquímedes ya predijo como consecuencia de su presupuesto el principio que lleva el nombre del ilustre griego y que predice la incompatibilidad en el espacio de manera simultánea de dos entes, por muy vaporoso, transparente, maléfico o espiritual que pueda ser uno de ellos.

Pero Edelmiro no lo veía claro. Por eso había acudido a la oficina del detective Pajeruela.

Filomeno Pajeruela había sido guardia municipal en el concejo de Capela, bien cerca del Ferrol, hasta que se quedó prendado de una vedette de Alcorcón que acertó a pasar por As Pontes una navidad de hace ya ni se sabe cuánto. El frenesí de los bailes de sábado, una resaca de proporciones bíblicas y la ira de su novia que lo había pillado en plena faena, le decidieron a probar fortuna con la vedette, por otro nombre Rosalía, y marchó tras ella hasta el municipio de Briones, en la Rioja, donde la susodicha tenía residencia junto a su marido. Las cosas con la artista, o por mejor decir, con su cónyuge, acabaron más bien como el rosario de la aurora y a don Filomeno, visto que del arte no podía sacar más, no le quedó otra que aprovechar sus habilidades policiales desarrolladas durante su época de guardia urbano para ganarse la vida en el vecino lugar de Miranda de Ebro.

— A mí non ten que convencerme de nada, ¡carallo! De onde eu vengo os espíritus son tan reais que tropiezas con ellos si non andas con cuidado y, site descuidas, hasta te birlan a novia, que para ser un canalla non es necesario un corpo de carne y hueso. Y a

esa carraca de abades Jeremías, chinos de kung fu y enteradillos de tres al cuarto que dicen que os espíritus non existen pásomelos eu por salva sea la parte.

— Entonces... -quiso saber Edelmiro.

— Déjelo, déjelo da miña conta. Que eu prométolle que le encuentro os espíritus, aclárolle por qué se le aparecen, cómprolles un billetiflo de tren y os convenzo para que se marchen o mais lejos posible, ¡carallo! y dejen de importunarle.

Y así quedaron.

No obstante, no era Edelmiro Belafonte persona que se lo jugase todo a una carta. Vistas las suspicacias que le ofrecía el psicólogo doctor Peraloso y otorgado un margen para la estrategia de la agencia de detectives Filomeno P. y Cía., Edelmiro decidió visitar a una médium.

— Y ¿por dónde empiezo?

— Deja tu mente en blanco.

— Pero, ¿en blanco.., blanco?

— Chisstt... que me parece que ya he contactado... Míster Proper, si eres tú, haznos una señal.

Y la lámpara de plástico y latón que estaba sujeta con un cordón de zapato a una escarpia en una viga de madera del barracón donde Miss Ulterior, por otro nombre Jacinta Fernández, tenía montado su chiringuito de adivinación y tarot, cayó sobre la mesa desbaratando el decorado de naipes, calaveras y bolas de cristal que tanto ambiente daban al local. Edelmiro se llevó un susto morrocotudo y salió huyendo sin escuchar los mensajes que pudiera haber para él desde el más allá, mucho más acojonado de la eterna discusión sobre la preeminencia del destino sobre el azar o viceversa que de los espíritus que querían comunicarse con él desde la cuarta dimensión de la cocina de su casa.

Edelmiro Belafonte es una persona corriente, casado en segundas nupcias con Tadea Porquesí, después de que su primera esposa, Fernanda, lo dejara por un camarero del Ritz algo funambulista en las sesiones de dormitorio, harta de que se pasase las tardes de los domingos anexo a un aparato de radio escuchando los resultados del fútbol y de que le cargara la cabeza con aquellas historias de fantasmas. Se crió con su abuela Josefina porque sus padres habían muerto en un naufragio muy filmográfico camino de las Américas tratando de labrarse allí un futuro que la escasez de la posguerra les vedaba aquí. La abuela Josefina, en su afán por cuidar del nieto, lo había educado para que en el futuro fuera un hombre de provecho, es decir, se casara con una santa, tuviera un par de hijos ejemplares, trabajara como un pollino y le llevaran a la tumba los primeros disgustos con la familia política de su prole. Y mientras le enseñaba estos principios, lo alimentaba a base de pan con vino, gachas, torreznos y, los domingos, natillas de huevo.

Y todo esto, no obstante, no impidió que, cuando Fernanda, recién regresados de su viaje de novios, le pidiera que fregara los cacharros de la exquisita merendola que se acababan de meter entre pecho y espalda, él se quedará blanco como la harina, petrificado más de sorpresa que de miedo, al ver, junto al fogón, a un petimetre de metro y medio de altura y sustanciamiento más bien transparente que le alcanzaba con una mano el estropajo y con la otra la pastilla del jabón, mientras le decía con una voz que parecía transmitida a través de la radio:

— Los restos grasientos de la sartén los deberías dejar en remojo, sino no saldrán por mucho que frotes.

Tadea es una mujer mucho más paciente y reflexiva de lo que su apellido deja traslucir. Se había enamorado de aquel separado médica porque le gustaba la manera sensible que tenía de quejarse de las cosas que le preocupaban, especialmente de aquella historia algo increíble de que los fantasmas lo visitaban cada vez que entraba en la cocina de su casa. Por ese motivo se había decidido a invitarlo a subir a su apartamento una noche después del cine.

— Mientras me pongo algo más cómodo, sírvete lo que te apetezca. Hay de todo en la cocina.

Quizás fueron los espíritus, más benévolos que de costumbre, tal vez el escote de aquella prenda que Tadea se había ido a poner, quién sabe si la gradación alcohólica del vino que Edelmiro encontró sobre la encimera de la cocina, lo cierto es que pasados los primeros momentos de conversación algo deshilachada, una cosa llevó a otra y cuando Edelmiro quiso salir de allí, hacía ya sus buenas dos horas que había amanecido y, no obstante el primer revolcón había sido contra los mandos de la lavadora, de los fantasmas cocineros no se encontró rastro alguno.

Por eso, y porque Tadea no tenía un pelo de tonta, le sugirió que visitara a un sacerdote especialista en exorcismos, un cura polaco de apellido Kravitz, familiar de un famoso músico del otro lado del charco. El primo de Lenny, que las pillaba al vuelo, no tardó ni cinco minutos en diagnosticar:

— Amigo, usted lo que tiene es mucho cuento. Y que conste que si hay alguno aquí que cree en apariciones, ése soy yo, que me gano la vida con ello. Pero a usted lo que le pasa, Edelmiro, es que es más vago que la chaqueta de un guardia y, que por tener entre las piernas ese colgajo, se piensa que no le corresponden ciertas tareas de la convivencia doméstica que, se lo digo yo que no conozco mujer, son tan suyas como de su parienta y así está escrito. Y usted, por no fregar los cacharros, preparar la cena, poner una lavadora o guardar la compra en el frigorífico es capaz de inventarse la presencia de seres incorpóreos, transustanciaciones del más allá o visitas de extraterrestres.

Y menos mal que hasta hoy esto le sirvió, porque de no ser así, me lo imagino escribiendo un tratado sobre la inestabilidad sísmica del gres.

— Pero... pero... si están allí cada vez que me acerco a la encimera. -Balbuceó entre sorprendido y aliviado Edelmiro, camino de la salida.

De regreso a casa de la parroquia del cura Kravitz, decidió pasar por el despacho del detective Pajeruela que le informó de que ya había sobornado al espíritu de un antiguo cocinero que había muerto mientras freía un huevo y que solía ser confidente de la policía y que no tardando mucho le pondría en contacto con el sindicato de espíritus anónimos de donde podría identificar los fantasmas de su cocina. Ya en su calle, al abrir el portal de su edificio recibió la llamada al móvil del doctor Peraloso interesándose por su ánimo y la agudeza de su vista en lo que a la percepción de seres inmateriales se refería y recomendándole que si, como él esperaba, se encontraba mejor, redujese la dosis de las pastillas rosas a una al día. Una vez en el portal, del buzón extrajo un sobre que contenía la factura del Gabinete de Parapsicología y Adivinación Miss Ulterior que, además de los emolumentos por la sesión de médium a la que había asistido Edelmiro también le cobraba los costes de reparación de la lámpara que se había caído en el

transcurso de la mencionada sesión, por entender la maga que su desplome estuvo causado por los espíritus que entonces habían sido convocados.

Edelmiro abrió la puerta de su vivienda, reconoció de fondo el sonido del programa de radio que su señora esposa estaba escuchando en la salita del fondo y, apretando los puños con la más grande decisión de la que él recordaba haber hecho gala, encaminó sus pasos a la cocina, cruzó la puerta, cerró los ojos, espantó a manotazos las apariciones y presencias incorpóreas que se le paraban delante, se aferró al estropajo frente al fregadero sin escuchar los susurros de ultratumba y las amenazas de los fantasmas que parecían rodearle y, con la saña de reconocer que hacía muchos años que tenía que haberlo hecho, fregó sin piedad los cacharros amontonados de la comida, el desayuno y la cena del día anterior que su mujer, Tadea, había dejado conscientemente sin lavar, advertida por el cura Kravitz y que ahora lo contemplaba tan orgullosa desde el quicio de la puerta.

— ¿Ya no ves fantasmas? -le preguntó Tadea.

— Todavía veo alguno, la verdad. Pero ahora, al menos, los cacharros están limpios - respondió transfigurado Edelmiro.

Alfredo Mozas García

Primer accésit II Certamen Literario “Villa de Cuéllar” de Relatos Cortos

Junio 2009